

Vivir con la etnicidad: la necesidad de un nuevo paradigma

David Maybury-Lewis^{***}

La guerra fría llegó a su fin. Hasta hace una década, la perspectiva de un retiro nuclear por parte de las superpotencias hubiera ocasionado una combinación de incredulidad y júbilo. Ahora que finalmente ocurrió, parece haber generado muy poca emoción. Incluso en Alemania, donde una especie de euforia masiva acompañó la demolición del muro de Berlín y la reunificación del país, hoy el ánimo parece ser de disgusto y amargo desencanto.

Al parecer, gran parte de la angustia actual proviene de una sensación generalizada de que el mundo, aun sin estar al borde de la aniquilación nuclear, es un lugar caótico, violento y ya ni siquiera predecible. Es como si hubiéramos despertado de la pesadilla nuclear para ver realizados nuestros peores temores en términos de conflictos étnicos y guerras aniquiladoras. Los terribles sucesos en lo que fue Yugoslavia son sólo un ejemplo de las luchas étnicas. La frecuencia y salvajismo de estos conflictos han sido utilizados en Occidente para confirmar nuestra sabiduría convencional de que la etnicidad es un elemento pernicioso en los asuntos humanos, que las personas sensatas y los estados racionales deben tratar de abolir o, por lo menos, de minimizar.

La Ilustración, como tradición del pensamiento político occidental, coloca al Estado como la matriz racional y progresista de la organización social humana. De hecho Rousseau argumentaba en *El contrato social* que el Estado debe representar a la "voluntad general" del pueblo que, en una sociedad igualitaria, se relaciona como igual con el Estado que lo representa. Desde la época de Rousseau, el pensamiento político occidental tendía a centrarse en esta concepción cívica del Estado como la forma más deseable de organización social, en especial cuando se le contemplaba como el vehículo de una nación única y por lo tanto sin complicaciones ocasionadas por divisiones étnicas (Kamenka, 1973; Cobban, 1969). Desde este punto de vista, la etnicidad y los lazos étnicos debilitan al moderno Estado-nación porque son sectarios y exclusivistas (Worsley, 1884). Por lo tanto, la etnicidad

* En: Arizpe, Lourdes (Editora). *Dimensiones culturales del cambio global. Una perspectiva antropológica*. Capítulo V. UNAM, México, 1997. pp. 115-133.

** Harvard University Cultural Survival.

de consideraba arcaica o tal vez, en términos marxistas, como una falsa conciencia-una ideología ilusoria que ocultaba las realidades de clase-. De cualquier modo, estaba destinada a desaparecer, alcanzada por la modernización o por el surgimiento de sociedades sin clase¹.

Estas teorías occidentales no han acertado en sus predicciones, tanto en su versión marxista como en la no marxista. La modernización no ha logrado que los lazos étnicos se vuelvan obsoletos, por el contrario, parece que están renaciendo. La globalización de la economía mundial, la internacionalización de sus procesos e instituciones, de los bancos, negocios y aun el trabajo del que dependemos, aparecen unidos a sentimientos agudizados de nacionalismo y a una intensificación de los conflictos étnicos.

Por lo tanto, la angustia que expresan los políticos y la prensa occidentales es muy comprensible. El fracaso de las teorías tradicionales de etnicidad nos ha dejado con escasas y poco agradables opciones políticas. Cuando se podía argumentar con cierto grado de seguridad que la etnicidad estaba destinada a desaparecer tenía sentido, hasta cierto punto, ignorarla o suprimirla. Ahora se ha comprobado que estos argumentos son falsos y el mundo se ha enfrentado al hecho de que ignorar o negar la etnicidad no funcionará. Es claro que el ideal de la Ilustración sobre el estado liberal, tan promovido por la Revolución Francesa y la Norteamericana, no representa la ola del futuro. La culminación esperada de la modernización (Enloe, 1973; Young, 1993)². Se trata, en cambio, de una idea de ciertos países europeos y sus vástagos de ultramar – incluye aquellos donde la retribalización podría estarse estableciendo ante el gran temor de su prensa-³ comprendieron dolorosa y paulatinamente. Por lo pronto, el resto del mundo no ha llegado nunca a destrribalizarse realmente y en la actualidad, el temor es que la “balcanización”, junto con sus alarmantes connotaciones de divisionismo y conflicto interminable, no sea una aberración restringida a ciertas regiones de la tierra, sino el estado normal de las cosas, que puede esperarse en cualquier parte.

¹ La antigua Unión Soviética presentó una curiosa anomalía en este aspecto. Según su teoría oficial comunista, la etnicidad estaba destinada a desaparecer a medida que el nuevo individuo soviético superara los últimos remanentes de la falsa conciencia; sin embargo, la misma Unión Soviética estaba compuesta por repúblicas étnicamente definidas.

² Ver Enloe para un amplio debate al respecto; y a Young para una encuesta sobre la toma de conciencia cada vez mayor entre científicos políticos con respecto a las deficiencias de teorías previas sobre la etnicidad y el Estado.

³ La prensa en ambos lados del Atlántico está llena de referencias a la retribalización del mundo moderno. *El Economista* del 29 de Junio de 1991 plantea el tema con cierto detalle. También se discute en el libro de Arthur Schlesinger, *The disuniting of America*.

Sin embargo, este escenario sombrío es tan errado como lo era el optimismo anterior sobre la desaparición inevitable de la etnicidad. ¿Por qué entonces, se sigue interpretando mal este aspecto fundamental de los asuntos humanos? Sugiero que la respuesta está en la tendencia a llegar a conclusiones prematuras sobre la naturaleza de la etnicidad, de las necesidades del Estado-nación, y la supuesta incompatibilidad entre ambos. Se suponía que conocíamos la etnicidad y que ésta nos conduciría inevitablemente al divisionismo, al tribalismo y, en casos extremos, al separatismo. Sin embargo, los antropólogos han argumentado durante años que el contenido cultural de la etnicidad no es uniforme. Es, cuando menos, un sentimiento de solidaridad, parecido al parentesco, entre miembros de un grupo, que puede provenir de diversos factores o de combinaciones entre ellos. La etnicidad puede fundamentarse en las características físicas de un grupo, y el color de la piel es la característica más usual, pero no la única. También puede basarse en la lengua, la religión, la costumbre, la historia o en la percepción compartida de un pasado común, a menudo repleto de recuerdos de injusticia, que establece la diferencia de un grupo frente a otros que viven cerca. Puede ser, al menos en un inicio, un sentimiento imputado más que percibido por un grupo.

Los indígenas americanos son el ejemplo clásico de este tipo de etnicidad. Al ser invadidas las Américas por los europeos, estos pueblos, al igual que los de la misma Europa, estaban divididos en multiplicidad de grupos distintos. Fueron los invasores los que bautizaron a todos como “indios” a raíz de la famosa equivocación de Cristóbal Colón. Desde entonces, cada una de las naciones del continente americano ha aglutinado sistemáticamente a sus habitantes indígenas en la categoría de “indio”, desarrollando, entre otros puntos, políticas para sus “indios”, con el resultado de que éstos se ha visto obligados a actuar juntos como “indios” para defender sus intereses.⁴

Resulta importante notar que las diversas etnicidades no siempre sobre salen, pueden estar adormecidas y se activan y reactivan en circunstancias particulares. Por lo tanto, es fundamental el estudio caso por caso de estas circunstancias. Esto es lo que los antropólogos han estado haciendo durante mucho tiempo, como lo señala Gellner en un número especial del *Times Literary Supplement*.⁵ Durante años los antropólogos han estudiado situaciones de pluralismo y conflicto étnico en todo el mundo y en el proceso han estado como diríamos hoy día, “desconstruyendo la etnicidad”. Esta desconstrucción ha

⁴ Ver por ejemplo, los ensayos de Urban y Scherzer, 1991. especialmente mi artículo: “On becoming Indian in Lowland South America”.

⁵ Ver el número especial del *The Times Literary Supplement* (16 de julio 1993) que incluye el artículo especial de Gellner sobre el futuro de la antropología social.

proseguido sistemáticamente, por lo menos desde que Fredrik Barth editó en 1969, una importante colección de trabajos titulada *Ethnic groups and boundaries*. Desde entonces hemos establecido que la etnicidad no es ni primordial ni circunstancial, sino una combinación de ambas situaciones. Se trata de una cualidad latente, que pertenece a todos los seres humanos (puesto que el ser humano vive en grupos sociales) y que se activa circunstancialmente.⁶ Se trata de una “máscara de confrontación” como tan acertadamente lo resumió Joan Vincent (1974).

Mientras los antropólogos reconsideraban la etnicidad mediante el análisis de variables culturales y vinculándolas a la acción política, los científicos políticos y demás teóricos sociales comenzaron a replantear sus ideas sobre el Estado y sus necesidades. Crawford Young describe en *The Rising Tide of Cultural Pluralism*,⁷ cómo la confianza teórica en los Estados-nación que distinguió a la bibliografía de la década de los sesenta, dio lugar a las ideas y a la reformulación teórica que caracteriza a los noventa. El momento crucial sobre vino en los setenta. En 1973, Enloe publicó su análisis revisionista *Ethnic Conflict and Political Development*, y los replanteamientos de Donal Horowitz empezaban a aparecer en trabajos más cortos como preludeo a *Ethnic Groups in Conflict* (1985). Mientras tanto, el estudio más importante del propio Young sobre *The Politics of Cultural Pluralism* (1976) seguía poniendo en evidencia, como señala descorazonado en trabajos anteriores, el optimismo sobre el Estado-nación que muy pronto él mismo habría de repudiar.

Este proceso de repensar la etnicidad y el Estado nos coloca ahora en una mucho mejor posición para comprender y evaluar la ola de violencia actual que parece inundar el mundo. Examinemos algunos ejemplos.

En Europa occidental nació la idea moderna de Estado, aunque hoy es evidente que los estados de esta parte del mundo no han hecho realidad las esperanzas de los racionalistas que escribieron en tiempos de la Revolución Francesa. Ellos esperaban que los Estados del futuro estuvieran moldeados por valores liberales y que, al interior, los ciudadanos interactuaran de igual a igual, sin considerar la identidad étnica. En términos de Peter Worsley (1984), ésta era la modalidad uniforme del Estado que sigue siendo el ideal en gran parte del mundo. Sin embargo, lo más común es el modo hegemónico, donde el Estado solamente reconoce como legítima una identidad étnica. De esta manera, se considera que el Estado corresponde a la nación, con una identidad étnica única. Los ciudadanos que no se

⁶ Esta propuesta se planteó una y otra vez en los ensayos de Maybury-Lewis. 1984; ver en particular *Depres, 1984* y *Maybury-Lewis 1984a*.

⁷ Ver en particular su trabajo introductorio: “The Dialectics of Cultural Pluralism”: Concept and Reality.

suscriben, o no pueden suscribirse a esta identidad, pasan a ser de segunda clase. Los europeos occidentales han estado siempre conscientes de la difícil lucha que significa coordinar Estado con naciones (Anderson, 1983; Gellner, 1983; Seton-Watson, 1977; Smith, 1971, 1981 y especialmente Hobsbawm, 1990), y ahora se dan cuenta de que aún no tienen resuelto este asunto. Sus naciones no se ajustan a la concepción cívica de Estado uniforme, sino que se definen más bien en términos de sistemas simbólicos manipulables de inclusión y exclusión. El fantasma de la limpieza étnica persigue al continente no sólo en Bosnia y otros lugares de Europa Oriental, donde ésta se lleva a cabo de la manera más brutal, sino también en otras partes. La ansiedad que generan los “extraños”, la discriminación y hasta la violencia contra ellos son actitudes muy difundidas, si bien a este tipo de violencia se le ha prestado más atención en Alemania y Francia, donde los “extraños” agredidos han sido a menudo conciudadanos.

En contraste, las Américas se han caracterizado históricamente como la clásica región de sociedades “crisol” (Maybury-Lewis, 1993). A personas de toda nacionalidad se les alentó a emigrar a las repúblicas americanas y hasta se les permitió conservar sus lazos étnicos después de haber emigrado, siempre y cuando entendieran claramente que este tipo de etnicidades era secundario a la cultura dominante del Estado al que habían llegado. Las principales excepciones fueron los indígenas, que siempre habían estado ahí, y los negros, que habían sido traídos en contra de su voluntad. Históricamente estas dos categorías estuvieron excluidas de la ciudadanía y al mismo tiempo se realizaron esfuerzos sistemáticos para destruir su sentido de identidad étnica. Posteriormente se les exhortó a abandonar su etnicidad y fusionarse con el resto aunque, al intentarlo, la mayoría de ellos sólo recibió rechazo y discriminación.

Era habitual que los países americanos con poblaciones indígenas importantes les negaran la ciudadanía plena. Aunque a los pueblos indígenas se les otorgaba la ciudadanía de manera formal, en la práctica se les negaban los beneficios correspondientes. En este tipo de Estados exclusionistas, la idea de aceptar poblaciones indígenas como grupos étnicos, con derechos de tenencia de la tierra y mantenimiento de sus propias culturas era impensable ya que iba en contra de la premisa básica sobre la cual estaban fundadas sus sociedades, es decir, la de una élite hispanizada gobernando a una subclase indígena. Guatemala es el ejemplo extremo de un Estado exclusionista donde la élite se prepara para ir a la guerra en contra de la población indígena con el fin de mantenerla en su lugar. En Perú, una renuencia similar a incluir a las poblaciones indígenas, ha hecho que la tarea de modernización y movilización social sea extremadamente difícil, con lo que se ha facilitado la reunión de la sociedad peruana en los últimos años de crisis.

En este contexto, así como en muchos otros, México sobre sale como la excepción. Este país cuenta con una población indígena extensa que hasta hace poco paso a ser minoría, pero sigue siendo numerosa. La política oficial después de las leyes de reforma, a mediados del siglo XIX, fue dispensar las comunidades y erradicar las culturas indígenas, esperando que los indígenas por si mismos se mezclaran con la cultura mestiza del país. Después de la revolución de 1910-20 y, en particular, después de la presidencia de Lázaro Cárdenas en la década de los treinta, el país ejerció una política *indigenista*. Oficialmente esto significaría que el Estado garantizaría las tierras y las culturas indígenas, ayudando al mismo tiempo a que éstos los abandonaran y se integraran gradualmente a la corriente principal. En 1993 se presentó otro cambio manifiesto de rumbo. En ese año, México adoptó una nueva constitución bajo cuyos términos la sociedad se convertía formalmente en multiétnica. Aún no es claro cuales serán los efectos prácticos de estos cambios constitucionales.⁸ Sin embargo, México ha realizado esfuerzos por incluir a las poblaciones indígenas en la vida nacional, lo que lo distingue de otros estados.

Por otra parte, países como Brasil y Estados Unidos con poblaciones indígenas relativamente pequeñas y dispersas, son estados inclusionistas. Se consideran a si mismas como sociedades crisol. En un principio, los pueblos indígenas fueron excluidos, pero de un tiempo para acá, se les ha exhortado a fusionarse en el crisol. En estos países las demandas indígenas de autonomía local y derecho a conservar sus propias culturas se combaten porque representan un desafío a ese ideal. La amarga ironía que enfrentan los pueblos indígenas es que, si son numeroso, sus demandas representan una amenaza. Si no lo son tanto, sus demandas pueden tranquilamente ignorarse.

Así pensaba en Canadá, donde rutinariamente se ignoraban las demandas de los indígenas de ser reconocidos como sociedades diferentes dentro de la federación canadiense. Sin embargo, esta política fue uno de los factores que acabó con la administración conservadora del primer ministro Mulroney; éste había logrado redactar una nueva constitución para Canadá donde esperaba aliviar un poco la desunión entre canadienses angloparlantes y la población francoparlante de Québec. La nueva constitución que reconocía a Québec como una sociedad diferente dentro de Canadá, con sus propias leyes y costumbres, tenía que ser ratificada por todas las legislaturas provinciales antes de convertirse en ley. Todas las legislaturas la ratificaron con excepción de dos, pero finalmente

⁸ Mientras me encuentro editando este trabajo, después del levantamiento zapatista en el estado de Chiapas en enero de 1994, los encargados gubernamentales de negociar con los rebeldes no parecen dispuestos a conceder la autonomía local que estos demandan para los grupos indígenas.

la constitución fracasó en la legislatura de Manitota, cuando un miembro del parlamento, un indio Ojibwa-Cree llamado Elijah Harper, utilizó los procedimientos parlamentarios de la cámara para obstaculizar la ratificación. Este hombre se negó a votar por una constitución que concedía a la provincia de Québec una condición especial dentro de Canadá como sociedad diferente, cuando nunca antes se había tomado en serio peticiones similares de pueblos indígenas de este país.

A pesar de este resumen un tanto deprimente de cómo se han tratado los derechos indígenas en América, se considera que esta región del mundo es en cierto modo afortunada en comparación con continentes como África y Asia. Gurr (1993) señala que hay menos violencia étnica en las Américas que en África y Asia, y Horowitz (1985) sugiere que esto se debe a que muchos países de África y Asia siguen luchando contra su herencia postcolonial, al respecto, vale la pena subrayar que América fue colonizada justo al comienzo de la expansión europea. El colonialismo de América es el más antiguo de los colonialismos europeos y, desde el punto de vista de los indígenas americanos, se trata de un colonialismo que aún persiste. La historia del dominio europeo y luego posteuropeo en América ha estado marcado por un constante conflicto entre los habitantes indígenas y los invasores. Si quisiéramos comparar los niveles de conflicto étnico en América con respecto a los de otros continentes colonizados, sería necesario tomar en consideración un lapso de tiempo mayor.

Sin embargo, es cierto que en el presente las recién descolonizadas regiones de África y Asia están especialmente sujetas a conflictos étnicos.⁹ Se ha considerado que los estados africanos son construcciones coloniales notoriamente artificiales. Horowitz (op. cit., p.75-76) lo pone en tela de juicio, argumentando que la artificialidad de las fronteras coloniales se ha exagerado demasiado. Los poderes coloniales, señala, consideraban las fronteras étnicas al delimitar sus territorios y se esforzaban en no dividir a los grupos étnicos, aunque muchas veces esto llegó a suceder. Es significativo el hecho de que, por lo menos en África, los gobiernos eran mucho más pequeños que los territorios coloniales en los cuales se encontraban. Los colonialistas ampliaron la escala en la cual estos grupos indígenas tenían ahora que operar. Puesto que los estados postcoloniales han defendido fielmente las fronteras coloniales de sus dominios, es evidente entonces que incluyen forzosamente a más de uno y a veces hasta un gran número de grupos étnicos, que poco tienen que ver unos con otros como no sea su experiencia sobre el colonialismo. Sin embargo, los líderes políticos africanos han insistido sistemáticamente en la integridad y viabilidad de estos estados heredados y han atacado expresiones de etnicidad subestatal por considerarlas divisionistas.

⁹ Horowitz (1985) concentra su atención en sociedades extremadamente divididas en estos continentes y en el Caribe, que yo no abordo en este estudio.

El resultado era de esperarse: en ciertos casos se presentó una competencia entre poderosos grupos étnicos por el control del Estado; en otros, los representantes de un grupo étnico asumieron y dominaron de manera hegemónica al Estado. En ambos casos, el potencial de un conflicto étnico ha sido considerable.

En Asia, los ejemplos más dramáticos de conflicto étnico en estos momentos provienen de la India. Aunque la India ha sido uno de los dos experimentos más importantes de coexistencia étnica en ese continente -Indonesia constituye el otro-. La India independiente intentó seguir el modelo establecido por la Ilustración. Su primer Primer Ministro, Jawaharlal Nehru, insistía en que la India debería ser un Estado moderno, civil y liberal. Un Estado de este tipo tendría que negarse a reconocer o reconciliar de manera especial a los grupos étnicos. En cambio, habría de proporcionar el mejor marco de referencia tolerante y antisectario para que los grupos étnicos de la India, y principalmente aquellos que se definieran por su religión, pudieran convivir pacíficamente. El sincretismo tradicional de la India permitió que el sistema funcionara por un tiempo, pero hoy existen tensiones y se dice que está desuniéndose porque los conflictos entre hindúes, musulmanes y sikhs amenazan con desgarrar al país. Estos trágicos sucesos son aleccionadores. En primer lugar, subrayan la naturaleza indeterminada de las diferencias étnicas que pueden parecer insignificantes durante largos períodos de tiempo y luego activarse hasta el punto de conflicto. En muchas partes de la India, algunos grupos que han rendido culto ante el mismo altar conviviendo pacíficamente, hoy se enfrentan exigiendo exclusividad.¹⁰ En segundo lugar, la India demuestra que cuando el Estado liberal ignora o suprime la etnicidad, se vuelve vulnerable a conflictos étnicos. Tercero, la India señala una vez más las terribles consecuencias que sobrevienen al politizarse-la etnicidad.

El potencial de manipulación política de la etnicidad está presente en todos los estados, con algunas excepciones en el caso de estados homogéneos. En un país como la India, enorme, variado y con tradiciones milenarias de división, así como de reconciliación, este potencial es un peligro latente, únicamente a la espera de las circunstancias adecuadas que los políticos sin escrúpulos podrían aprovechar inflamando rencores étnicos para beneficio propio.

Este tipo de manipulación también puede darse en la esfera internacional. Los estados siempre han tratado de explotar los desacuerdos internos de sus enemigos. Después de la derrota de los imperios multiétnicos austrohúngaro y otomano durante la I

¹⁰ El profesor Loki Medan ha comentado ampliamente en los periódicos indios las consecuencias de Ayodhya. Un buen análisis de esos sucesos puede también encontrarse en Bayly, 1993.

Guerra Mundial, se creó un mosaico de nuevos estados en Europa y el Cercano Oriente. Los límites de estos estados se hicieron para conceder autodeterminación a las mayorías étnicas que los conformaban. En la medida en que era inevitable que otros grupos étnicos estuvieran incluidos en los estados recién creados, la condición y legitimidad de las minorías se convirtió en un problema que los nazis cínicamente explotaron en los preparativos de la II Guerra Mundial. En la actualidad, debido al rápido avance de la globalización, todo se encuentra cada vez más influenciado por fuerzas internacionales, desde los negocios hasta el empleo, desde la política hasta la etnicidad. La manipulación internacional de la etnicidad ejercida por correligionarios, terroristas y gobiernos se está convirtiendo en regla más que en excepción. Tambiah se refirió a lo anterior en una reflexión sobre Sri Lanka, su devastado país de origen (Tambiah, 1986).

En relación con esto, el contraste entre Malasia y Sri Lanka resulta aleccionador: ambos son estados bipolares. En Malasia, los chinos y los malayos abarcan los dos bloques étnicos principales, igual que sucede con los cingaleses y los tamiles en Sri Lanka. Horowitz describió cómo una combinación de sucesos fortuitos y un hábil manejo político (Horowitz, *op. cit.*, cap. 10) permitió que UMNO, el Partido de Alianza en Malasia, atrajera con éxito a electores de origen multiétnico, pasando por encima de las principales desuniones en Malasia. Por el contrario, en Sri Lanka, distintas circunstancias y distintos arreglos étnicos resultaron ventajosos para que los políticos se postularan sobre plataformas étnicas y polarizaran con gran eficacia a un país ya de por sí dividido.

Las enseñanzas de este breve estudio sobre el divisionismo étnico en el mundo ya deberían ser evidentes. La etnicidad es un componente inherente a los asuntos humanos que no se desvanecerá ignorándolo. Asimismo, resulta extremadamente difícil de suprimir. El pánico de los sabios, al que ya me referí, no se debe tanto a su percepción de que la etnicidad domina al mundo - siempre lo ha hecho- sino más bien a que se dieron cuenta de que sus teorías anteriores sobre cómo manejarla resultaron deficientes. Es evidente que se requiere de un nuevo esfuerzo para abordar la etnicidad imaginando sistemas sociales y políticos que le den cabida.

No existe un arreglo sencillo y, menos aún, único para resolver los conflictos étnicos a nivel mundial. Por lo tanto se necesita profundizar en la comprensión de las posibilidades e impedimentos de los sistemas federales o pluralistas, hacia sistemas que ofrezcan estímulos a los partidos multiétnicos en contraposición a los que alientan las votaciones étnicas. Este tipo de comprensión provendrá únicamente de un estudio más amplio y sistemático, caso por caso, de los aspectos sociales de la etnicidad, como los están realizando los antropólogos en

la actualidad. Al mismo tiempo, es vital que los teóricos políticos y sociales amplíen sus investigaciones sobre los acuerdos políticos promotores de la armonía étnica (o por lo menos de la coexistencia) y los que no lo son. Un programa de este tipo depende, empero, de que los defensores intransigentes del Estado liberal puedan superar su aversión por todo sistema que deliberadamente reconcilie la etnicidad. Un paso necesario, si esperamos cambiar la opinión del público en general de Occidente, es el desarrollo de una teoría sobre los estados multiétnicos. Según la sabiduría convencional, la etnicidad es perjudicial y causa de interminables pleitos, por lo que habría que suprimirla, o de manera alternativa, el Estado debería "limpiarse" de sus rasgos étnicos. Sin embargo, nuestras investigaciones demuestran que el problema no es la etnicidad en sí, sino más bien la forma en que la gente la maneja (o no la maneja) y trata de suprimirla. Solamente si logramos desarrollar una teoría de la etnicidad que se convierta en un nuevo y vigoroso paradigma, podremos modificar la sabiduría convencional y lograr cambios en las prácticas represivas que todos aborrecemos. Me parece que el esfuerzo de construir este paradigma es una tarea de gran importancia para los teóricos sociales en general y para los antropólogos en particular.

Obras consultadas

Anderson, B. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London, Verso Editions, 1983.

Barth, F. (ed). *Ethnic Groups and Boundaries*. Boston, Little Brown, 1969.

Bayly, S. History and Fundamentalists: India After the Ayodhya Crisis. In: *Bulletin of The American Academy of Arts and Sciences* (1993), v. XLVI, no. 7. pp. 7-26.

Cobban, A. *The Nation State and National Self-Determination*. New York, Thomas Crowell, 1969.

Despres, L. "Ethnicity: What Data and Theory Portend for Plural Societies". In: Maybury-Lewis, David ed., op. cit.

Enloe, C. *Ethnic Conflict and Political Development*. Boston, Little Brown, 1973.

Gellner, E. *Nations and Nationalism*. Ithaca, Cornell University Press, 1983.
----- "What do we do Now? *Social Anthropology and its New Global Context*". In: The Times Literary Supplement, July 16, 1993.

Gurr, T. *Minorities at Risk*. Washington DC., The United States Institute of Peace, 1993.

Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

Horowitz, D. "Ethnic Identity". In: Glazer, Nathan and Daniel Moynihan eds., *Ethnicity: Theory and Experience*. Cambridge, Harvard University Press, 1975.

Horowitz, D., *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley, The University of California Press, 1985.

Kamenka, E. *Nationalism: The Nature and Evolution of an Idea*. Canberra, Australian National University Press, 1973.

Maybury-Lewis, D. (ed). *The Prospects for Plural Societies*. Washington D.C., American Ethnological Society, 1984.

-----, "Introduction: Alternatives to Extinction". In: *op. cit.*

-----, "Living in Leviathan". In: *op. cit.*

-----, "Becoming Indian in Lowland South America". In: Urban, G. y Joel, S. ed. *Nation-States and Indians in Latin America*. Austin, University of Texas Press, 1991.

Maybury-Lewis, D. "A New World Dilemma: The Indian. Question in the Americas". In: *Bulletin of The American Academy of Arts and Sciences*. vol. XLVI, no. 7, 1993. pp. 44-59.

Schlesinger Jr. A. *The Disuniting of America*. New York, W. W. Norton, 1991.

Seton-Watson, H. *Nations and States*. Boulder, Westview Press, 1977.

Smith, A. *Theories on Nationalism*. New York, Harper Torchbooks, 1971.

-----, *The Ethnic Revival*. Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

Tambiah, S. *Sri Lanka: Ethnic Fratricide and the Dismantling of Democracy*. Chicago, Chicago University Press, 1986.

Urban, G. and Joel S. *Nation-States and Indians in Latin America*. Austin, University of Texas Press, 1991.

Vincent, J. "The Structuring of Ethnicity". In: *Human Organization*, 33. 1974. pp. 375-379

Worsley, P. "The Three Modes of Nationalism". In: Maybury-Lewis, *op. cit.*

Young, C. (ed). *The Politics of Cultural Pluralism*. Madison, University of Wisconsin Press, 1973.

-----, *The Rising Tide of Cultural Pluralism*. Madison, University of Wisconsin Press, 1993.